

轆
轡
首



Rokuro-Kubi

Lafcadio Hearn

Traducción de Hiram Ruvalcaba

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Rokuro-Kubi

Rokuro-Kubi

轆轤首

Lafcadio Hearn

Traducción de Hiram Ruvalcaba

Universidad Autónoma de Nuevo León

Primera edición UANL, 2021

Rogelio G. Garza Rivera
Rector
Santos Guzmán López
Secretario General
Celso José Garza Acuña
Secretario de Extensión y Cultura
Antonio Ramos Revillas
Director de Editorial Universitaria

© Universidad Autónoma de Nuevo León
© Hiram Ruvalcaba, por la traducción
*Este cuento pertenece a Hearn, Lafcadio (1971). "Kwaidan: Stories and Studies of Strange Things".
Tokio, Tuttle Publishing.*

Padre Mier No. 909 poniente, esquina con Vallarta. Monterrey, Nuevo León, México,
C.P. 64000.
Teléfono: 818329 4111.
e-mail: editorial.uanl@uanl.mx
Página web: editorialuniversitaria.uanl.mx

.....
Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra -incluido el diseño tipográfico y de portada-,
sin el permiso por escrito del editor.
.....

Impreso en Monterrey, México.

Printed in Monterrey, Mexico



Hace cerca de quinientos años había un samurái llamado Isogai Heidazaemon Taketsura, quien estaba al servicio del Señor Kikuji, de Kyūshū. Isogai había heredado de múltiples ancestros guerreros, una aptitud natural para los ejercicios militares, así como una fuerza extraordinaria. Siendo aún un muchacho había sobrepasado a sus maestros en el arte de la espada, en la arquería, y en el uso de la lanza, y había mostrado todas las virtudes propias de un soldado hábil y audaz. Tiempo después, durante la guerra de Eikyo, se distinguió tanto en batalla que le fueron otorgados grandes honores. Pero cuando la casa de Kikuji cayó en la ruina, Isogai se encontró a sí mismo sin amo. Con facilidad hubiera podido entrar al servicio de otro *Daimio*: En el antiguo régimen japonés, miembro de la aristocracia. Pero como nunca había buscado la distinción por su propio interés, y dado que en su corazón permanecía fiel a su señor, prefirió renunciar

al mundo. Así que cortó su cabello y se transformó en un sacerdote errante, tomando el nombre budista de Kwairyo.

Pero todo el tiempo, bajo el *koromo*¹ de sacerdote, Kwairyo mantuvo viva en su corazón el alma del samurái. Así como en otros años se había reído de los riesgos, de la misma manera ahora despreciaba el peligro, y contra cualquier clima y en cualquier estación viajaba para predicar la buena Ley en lugares que ningún otro sacerdote se habría atrevido a visitar. Porque aquella era una época de violencia y desorden, y los caminos no eran seguros para el viajero solitario, incluso aunque se tratara de un sacerdote.

En el transcurso de su primer largo viaje, Kwairyo tuvo la oportunidad de visitar la provincia de Kai. Una noche, mientras viajaba a través de las montañas de aquella comarca, la oscuridad lo cubrió completamente cuando estaba en un distrito solitario, a varias leguas de distancia del villorrio. Así que se resignó a pasar la noche bajo las estrellas, y habiendo encontrado un buen sitio entre el pastizal, al lado del camino, se recostó ahí y se preparó para dormir. Estaba acostumbrado a las incomodidades: incluso una roca era buena cama para él y una raíz de

1 *Koromo*: nombre de la túnica de los monjes budistas. (N. del A.)



árbol hacía una excelente almohada, cuando no podía encontrarse nada mejor en los alrededores. Su cuerpo parecía forjado en acero, y jamás le había incomodado el rocío o la lluvia o la nieve o la escarcha.

Apenas se había recostado en aquel sitio cuando vio que un hombre se acercaba por el camino, cargando un hacha y un gran bulto de leña. El leñador se detuvo cuando vio a Kwairyo recostado y, luego de un momento de silenciosa observación, le espetó en un tono de gran sorpresa:

—¿Qué clase de hombre debe ser usted, buen Señor, para atreverse a estar recostado solo en un lugar como éste?... En este sitio hay espectros, y los hay en abundancia. ¿Acaso no le teme a las Criaturas Peludas?

—Amigo mío —le respondió Kwairyo, festivo—, tan sólo soy un sacerdote vagabundo, un ‘Huésped del Agua y de la Nube’, como dicen las gentes: *Unsui-no-ryokaku*. Y no tengo el menor temor de las Criaturas Peludas, si se refiere a los demonios zorro o tejón, o a cualquier otra criatura de ese tipo. Los lugares solitarios como éste me agradan, porque me facilitan la meditación. Estoy acostumbrado a dormir en la intemperie, y he aprendido a no preocuparme por lo que ocurre en mi vida.



—Debe ser un hombre en verdad valiente, Señor Sacerdote —respondió el campesino—, ¡estar recostado aquí! Este lugar tiene mala reputación, una terrible reputación. Pero como reza el proverbio, *Kunshi ayayuki ni chikayorazu* [“El hombre superior no se expone innecesariamente al peligro”]; y debo asegurarle, Señor, que es muy peligroso dormir aquí. Por lo tanto, aunque mi casa es sólo una miserable choza de paja, le ruego que venga conmigo en este instante. No tengo ningún alimento que ofrecerle, pero al menos tengo un techo, y puede dormir debajo de éste sin peligro.

Le habló con firmeza, y Kwairyo, complacido por el tono amable de aquel hombre, aceptó su modesta oferta. El leñador lo guio a través de un estrecho sendero, que salía del camino principal para internarse en el bosque de la montaña. Era un camino rudo y peligroso: a veces caminaban al borde de precipicios, a veces no encontraban más apoyo para sus pies que una red de raíces resbalosas, a veces pasaban por encima o entre masas de rocas afiladas. Pero al final Kwairyo se encontró ante un claro que había en la cima de la colina, con una luna llena brillando en las alturas, y vio frente a sí una pequeña choza de paja, cuyo interior estaba alegremente iluminado.

El leñador lo condujo a un cobertizo que había al fondo de la casa, a donde llegaba el agua de un arroyo cercano conducida mediante tubos de bambú; ahí ambos hombres lavaron sus pies. Más allá del cobertizo había un huerto de vegetales, y una arboleda de cedros y bambúes; y a través de aquellos árboles se adivinaba apenas el tenue resplandor de una cascada, derramándose desde las alturas, y balanceándose a la luz de la luna como una larga cuerda de plata.

Cuando Kwairyo entró en la choza con su guía, notó la presencia de cuatro personas —hombres y mujeres— que calentaban sus manos en un pequeño fuego encendido en el *ro*² del departamento principal. Todos saludaron al sacerdote con una respetuosa inclinación. Kwairyo se sorprendió de que personas tan pobres, y que vivían en aquella soledad, tuvieran la costumbre de saludar con aquella hospitalidad. “Éstas son buenas personas”, se dijo a sí mismo, “y alguien educado en las reglas de la cortesía debe de haberlas enseñado a actuar correctamente”. Entonces, volteando hacia su anfitrión —el *arujji*, o señor de la casa, como lo llamaban los otros— dijo:

² *Ro*: una especie de pequeño hogar que se hace en el piso de una habitación. El ro es usualmente una cavidad cuadrada, rodeada con metal y llena a medias con cenizas, dentro de la cual se enciende el carbón. (N. del A.)

—Por la amabilidad de su discurso, y por la bienvenida tan cortés que he recibido de su servidumbre, me imagino que no toda la vida ha sido un leñador. ¿Será posible que usted anteriormente perteneciera a la clase alta?

Sonriendo, el leñador respondió:

—El Señor no se equivoca. Aunque viva como me ve ahora, alguna vez fui un hombre de cierta distinción. Mi historia es la historia de una vida arruinada, y arruinada por mi propia culpa. Solía estar al servicio de un daimio, y la posición que tenía no era insustancial. Pero amaba a las mujeres y al vino con soltura, y bajo la influencia de la pasión actué con malignidad. Mi egoísmo trajo la ruina a nuestra casa, y causó la muerte de muchas personas. La vida se vengó de mí por mis faltas, y durante mucho tiempo fui un fugitivo en la tierra. Ahora ruego porque pueda ser capaz de redimir todo el mal que hice, y así restablecer el hogar ancestral. Aunque me temo que nunca podré encontrar la manera de lograrlo. Sin embargo, intento sobreponerme al karma de mis errores con un sincero arrepentimiento, así como ayudando en todo lo que puedo a aquéllos que son desafortunados.

Kwairyo estaba complacido por esa resolución de hacer el bien, y le dijo al *aruji*:

—Amigo mío, he tenido la ocasión de observar a hombres que, habiéndose comportado irresponsablemente en la juventud, logran alcanzar un nivel de vida de rectitud con el paso de los años. En los sutras sagrados está escrito que aquellos que con más fervor han hecho el mal, pueden tornarse, con el solo poder de su resolución, en los más grandes hacedores del bien. No dudo que usted tenga un buen corazón, y espero que pronto la fortuna empiece a sonreírle. Esta noche recitaré unos sutras en su honor, y oraré para que obtenga la fuerza necesaria para superar el karma de sus errores pasados.

Habiendo asegurado eso, Kwairyo le dio las buenas noches al *aruji*, y su huésped lo condujo a un pequeño cuarto lateral, en donde una cama ya había sido preparada. Entonces todos fueron a dormir a excepción del sacerdote, quien empezó a leer los sutras ayudado por la luz de una lámpara de papel. Hasta muy tarde continuó leyendo y orando, y entonces abrió un poco la ventana de su habitación, para darle un último vistazo al paisaje antes de acostarse. La noche era hermosa: no había una sola nube en el cielo, no había viento, la luz argentina de la luna hacía caer las afiladas sombras de los árboles, y hacía brillar el rocío en el jardín. Los chillidos de los grillos y de las cigarras ofrecían el mismo tumulto musical, y el sonido de aquella

cercana cascada se hacía más profundo con la noche. Kwairyo sintió sed cuando escuchó el canto del agua y, recordando el acueducto de bambú en la parte trasera de la casa, pensó que podría ir allí a beber un poco sin despertar a los ocupantes. Muy suavemente deslizó las puertas corredizas que separaban su cuarto del departamento principal, y entonces vio, iluminados por la luz de la lámpara, cinco cuerpos recostados, ¡sin cabezas!

Por un instante se quedó pasmado, imaginando que había ocurrido un crimen. Pero pronto se dio cuenta de que no había sangre, y que aquellos cuellos sin cabeza no presentaban heridas como si hubieran sido cortados. Entonces se dijo:

—O ésta es una ilusión hecha por demonios, o he sido arrastrado a la guarida de un Rokuro-Kubi... En el libro *Soshinki*³ está escrito que si uno encuentra el cuerpo de un Rokuro-Kubi sin su cabeza, y mueve el cuerpo hacia otro lugar, la cabeza nunca será capaz de unirse al cuello nuevamente. Y el libro también dice que si la cabeza vuelve y descubre que el cuerpo ha sido movido, se golpeará contra el suelo tres veces —rebotando como una pelota—, y empezará a

3 Una colección china de historias de lo sobrenatural. (N. del A.)

gritar, aterrorizada, para después morir. Si éstos en verdad son Roku-ro-Kubi, seguramente desean hacerme daño; así que lo mejor será que siga las instrucciones de aquel libro...

Tomó el cuerpo del *aruji* por los pies, lo jaló hasta la ventana y lo empujó hacia fuera de la casa. Luego fue hacia la puerta trasera, y vio que estaba atrancada. Entonces descubrió que las cabezas habían salido a través de un agujero en el techo, que había quedado abierto. Abrió sigilosamente la puerta y caminó hacia el jardín, y siguió con sumo cuidado hacia la arboleda que había más allá. Pudo oír voces hablando entre los árboles, y caminó en dirección a ellas —ocultándose de sombra en sombra, hasta que encontró un buen escondite. Así, escondido detrás de un tronco, pudo ver las cabezas —eran cinco en total—, que revoloteaban y platicaban en pleno vuelo. Estaban comiendo las lombrices y los insectos que encontraban en el suelo o entre los árboles. De súbito, la cabeza del *aruji* dejó de comer y dijo:

— ¡Ah, ese sacerdote vagabundo que vino esta noche! ¡Qué grande y gordo es! Cuando lo comamos nuestros estómagos estarán llenos... Qué tonto fui por hablarle de la manera en que lo hice, ¡sólo logré que empezara a recitar los sutras por el bien de mi alma! Acercarse a él mientras está recitando sería muy difícil, y no podemos

tocarlo mientras esté en oración. Pero como ya casi amanece, probablemente ya se ha ido a dormir... Alguno de ustedes vaya a la casa y vea qué está haciendo aquel hombre.

Otra cabeza —la de una mujer joven— se elevó inmediatamente y planeó hacia la casa, veloz como un murciélago. Luego de unos cuantos minutos regresó, y gritó con voz ronca, en un tono de gran alarma:

—El sacerdote viajero no está en la casa, ¡se marchó! Pero eso no es lo peor. Tomó el cuerpo de nuestro *aruji*, y no sé en dónde lo puso.

Ante este anuncio la cabeza del *aruji* —fácilmente visible bajo la luz de la luna— tomó un aspecto escalofriante: sus ojos se abrieron monstruosamente, su cabello se erizó, sus dientes repiquetearon. Entonces sus labios estallaron en un grito, y, llorando lágrimas de rabia, exclamó:

—¡Ahora que mi cuerpo ha sido movido, no me será posible unirme a él! ¡Así que debo morir!... ¡Y todo por culpa de aquel sacerdote! ¡Antes de que muera voy a encontrarlo! ¡Lo destrozaré! ¡Lo devoraré! ¡Y AHÍ ESTÁ! ¡Detrás de ese árbol! ¡Ya lo vi! ¡Gordo cobarde!

En ese mismo momento, la cabeza del *aruji*, junto con las otras cuatro cabezas, se precipitó hacia Kwairyo. Pero el fuerte sacerdote ya había arrancado un árbol joven para defenderse, y con ese mismo árbol golpeó a las cabezas cuando llegaron, arrojándolas lejos de él

con tremendos golpes. Cuatro de ellas se alejaron volando. Pero la cabeza del *aruji*, aunque era golpeada una y otra vez, continuó acechando al sacerdote desesperadamente, hasta que al fin logró atrapar la manga izquierda de su túnica. Kwairyo, no obstante, rápidamente tomó la cabeza por el moño del cabello y la golpeó una y otra vez. La cabeza no lo dejó libre, pero emitió un largo gemido y pronto dejó de luchar. Estaba muerta. Sus dientes aún sostenían la manga y, aunque lo intentó con todas sus fuerzas, Kwairyo no pudo hacer que aflojara las mandíbulas.

Con la cabeza aún colgando de su manga regresó a la casa, y ahí se encontró con los otros cuatro Rokuro-Kubi acucillados el uno al lado del otro, con sus cabezas golpeadas y sangrantes reunidas con sus cuerpos. Cuando vieron su silueta en la puerta trasera todos gritaron: “¡El sacerdote!, ¡el sacerdote!” y escaparon, a través de otra puerta, hacia los árboles.

Hacia el este el cielo empezaba a clarear, en cualquier momento amanecería y Kwairyo sabía que el poder de los seres malignos se limitaba a las horas de oscuridad. Miró a la cabeza que colgaba de su manga, su rostro estaba sucio de sangre, lodo y espuma. Entonces

el monje rio con entusiasmo, mientras se decía: “¡Pero qué *miyage*!⁴ ¡La cabeza de un demonio!” Luego juntó sus pocas pertenencias, y descendió sin prisas la montaña para seguir con su viaje.

Continuó su camino hasta llegar a Suwa, en Shinano; y hacia la calle principal de Suwa marchó con solemnidad, con la cabeza colgando de su codo. Algunas mujeres se desmayaron al verlo, los niños gritaron y corrieron asustados, y hubo una gran multitud y clamores hasta que los *torite* (nombre con el que se llamaba a la policía en aquellos tiempos) atraparon al monje y lo llevaron a la cárcel. Habían creído que la cabeza pertenecía a un hombre asesinado que, al momento de morir, había atrapado la manga de su asesino con los dientes. En cuanto a Kwairyō, tan sólo sonrió y no dijo nada cuando lo interrogaron. Así, luego de pasar la noche en prisión, fue llevado ante los magistrados del distrito, en donde le ordenaron que explicara cómo él, un sacerdote, había sido hallado con la cabeza de un hombre asida de su manga, y por qué se había atrevido a hacer un desfile para mostrar su crimen sin ninguna vergüenza ante la gente.

4 Un regalo que se hace a los amigos o a los ocupantes de una casa cuando se regresa de un viaje. Ordinariamente, el *miyage* consiste en algo producido en la localidad a donde se ha hecho el viaje: éste es el sentido de la broma de Kwairyō. (N. del A.)

Kwairyo se rio larga y fuertemente ante estos cuestionamientos, y finalmente dijo:

—Señores, yo no sujeté la cabeza en mi manga: ella sola se aferró de ahí, y muy en contra de mi voluntad. Tampoco he cometido ningún crimen. Pues ésta no es la cabeza de un hombre, sino de un demonio; y si causé la muerte del demonio, no lo hice con el afán del derramamiento de sangre, sino que fue simplemente para tomar las precauciones necesarias para asegurar mi propia seguridad...

Y procedió a contar toda su aventura, estallando en sonoras carcajadas cuando les habló de su encuentro con las cinco cabezas. Pero los magistrados no se rieron. Los juzgaron como un criminal sin escrúpulos y consideraron que su historia era un insulto a su inteligencia. Por lo tanto, sin hacer más preguntas, decidieron ordenar su ejecución inmediata —todos decidieron lo mismo, excepto por uno que era muy viejo—. Este anciano oficial no había hecho ningún comentario durante el juicio; pero, luego de escuchar la opinión de sus colegas, se levantó y dijo:

—Antes que nada debemos examinar la cabeza cuidadosamente, pues creo que esto no se ha hecho todavía. Si el monje ha dicho

la verdad, la propia cabeza debería servir como testigo de sus palabras... ¡Traigan la cabeza aquí!

Así que la cabeza, que aún sostenía entre los dientes el *koromo* que había sido retirado de los hombros de Kwairyo, fue puesta ante los jueces. El anciano la hizo dar vueltas y vueltas, la examinó con mucho cuidado, y descubrió que cerca de la nuca tenía varios caracteres extraños pintados en color rojo. Llamó la atención de sus colegas para que notaran este fenómeno, y también los hizo notar que los bordes del cuello no presentaban en ningún lugar la apariencia de haber sido cortados por arma alguna. Muy por el contrario, la línea divisoria estaba tan suave como la que separa a una hoja de la rama del árbol. Entonces el anciano dijo:

—Ahora estoy seguro de que el sacerdote nos dijo la verdad. Ésta es la cabeza de un Rokuro-Kubi. En el libro *Nan-ho-i-butsu-shi* está escrito que en la nuca de un Rokuro-Kubi real se encontrarán siempre ciertos caracteres rojos. Y ahí están, pueden ver ustedes mismos que no han sido pintados. Y aún más, se sabe bien que tales demonios han habitado las montañas de la provincia de Kai desde tiempos muy antiguos... Pero usted, Señor —exclamó, mirando hacia Kwairyo—, ¿qué clase de sacerdote rudo es usted? En verdad ha dado muestras de un valor que pocos

monjes poseen, y tiene el aire más de soldado que de sacerdote. ¿Será que en algún momento usted perteneció a la clase samurái?

—Ha adivinado bien, Señor —respondió Kwairyo—. Antes de hacerme monje, seguí durante mucho tiempo el camino de las armas; y durante aquellos días jamás temí a ningún hombre o demonio. Mi nombre entonces era Isogai Heidazaemon Taketsura de Kyūshū: quizás haya alguno de entre ustedes que me recuerde.

Cuando mencionó aquel nombre, un susurro de admiración recorrió la corte hasta llenarla, pues había muchos de entre los presentes que lo recordaban. Y pronto Kwairyo se encontró en medio de amigos en lugar de jueces, amigos ansiosos de probarle su admiración por medio de una amabilidad fraternal. De forma honorable lo escoltaron a la residencia del daimio, quien le dio la bienvenida, festejó su estancia, y le hizo un gran regalo antes de dejar que se marchara.

Cuando Kwairyo se fue de Suwa, estaba tan feliz como podría serle permitido a un monje en este mundo transitorio. En cuanto a la cabeza, la llevó consigo, insistiendo con jocosidad que pretendía hacer con ella un *miyage*. Y ahora sólo me falta contarles qué ocurrió con la cabeza. Un día o dos luego de abandonar Suwa, Kwairyo se encontró con un ladrón, quien lo detuvo en un paraje solitario e hizo

que se desnudara. En un instante Kwairyo se quitó su *koromo* y lo ofreció al ladrón, quien pudo ver entonces aquello que colgaba de la manga. Aunque valiente, el salteador estaba pasmado; dejó caer la túnica y saltó hacia atrás.

Entonces gritó:

—Tú, ¿qué clase de monje eres? ¡Pero si eres mucho peor que yo! Porque aunque es verdad que he matado gente, jamás me he paseado con la cabeza de alguien colgada de mi manga... Bueno, Señor sacerdote, supongo que somos de la misma calaña, ¡es más, debo decir que te admiro!... Y vaya que esa cabeza podría serme muy útil, podría espantar a la gente con ella. ¿Me la venderías? Puedes tomar mi ropa a cambio de tu *koromo*, y te daré además cinco *ryo* por la cabeza.

Kwairyo respondió:

—Permitiré que te lleves la cabeza y la ropa si así lo deseas; pero debo decirte que ésta no es la cabeza de un hombre. Le pertenecía a un demonio. Así que, si la compras, y esto te trae problemas después, por favor recuerda que no he sido yo quien te ha timado.

—¡Pero qué buen monje eres! —exclamó el ladrón—. ¡Matas hombres y luego bromeas con eso! Aunque yo te hablo muy en serio.

Aquí tienes mi ropa, y aquí está mi dinero; ahora deja que me lleve la cabeza... ¿Qué sentido tiene bromear?

—Toma esa cosa —dijo Kwairyo—. Y no estaba bromeando. La única broma, si es que hay alguna en absoluto, es que seas tan tonto como para pagar tanto por la cabeza de un demonio.

Y Kwairyo, con una risa estridente, siguió su camino.

Así fue como el ladrón se llevó la cabeza y el *koromo*; y durante algún tiempo jugó a ser un monje fantasma por los caminos. Pero, cuando llegó a la comarca de Suwa, supo la verdadera historia de la cabeza, y entonces tuvo miedo de que el espíritu del Rokuro-Kubi pudiera darle problemas. Así que tuvo la idea de llevar la cabeza de vuelta al lugar de donde había salido, para enterrarla junto a su cuerpo.

Encontró el camino hasta la solitaria choza en las montañas de Kai, pero no había nadie ahí y no pudo encontrar el cuerpo. Así que enterró la cabeza sola, en el huerto detrás de la choza, colocó una lápida sobre la tumba e hizo que se realizara un servicio *segaki* en honor al espíritu del Rokuro-Kubi. Y aquella tumba, conocida desde entonces como la tumba del Rokuro-Kubi, puede encontrarse (o al menos así lo declara el contador de historias japonés) incluso el día de hoy.



Rokuro-Kubi, de Lafcadio Hearn, traducción de Hiram Ruvalcaba, se generó en el mes de agosto de 2021. El cuidado de la edición estuvo a cargo de la Editorial Universitaria. Diseño de portada de Claudio Tamez Garza.



ESPECIALES

Rokuro-Kubi

Lafcadio Hearn

Traducción de Hiram Ruvalcaba



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



CASA UNIVERSITARIA DEL LIBRO

EDITORIAL UNIVERSITARIA UANL